III

El día siguiente, el doctor Angogne despertó á Cristián al entrar en su cuarto! El sol doraba el follaje de los manzanos y las vacas pastaban perezosamente las frescas hierbas. La ventana abierta dejaba entrar un aire tibio y el perfume de las flores. Hacía muchas noches que el hijo de Vernier no había dormido tanto ni tan bien. Cristián tenía buen color y la cara descansada.

— Le sienta á usted bien tener la pierna rota, dijo el doctor á su enfermo. Hacía mucho tiempo que no le había visto tan buen color. Si su padre de usted le viera, se sorprendería agradablemente...

— ¿ Qué hora es ?

— Las diez. Los caballos del señor Vernier andan bien. He salido de Trouville á las ocho y media y aquí estoy... Vamos á ver esa pierna. No va mal... La hinchazón ha desaparecido y vamos á poder poner un aparato...

— ¿ Con él que podré andar ?

— No vayamos tan de prisa. No tiene usted nada que hacer ¿ verdad ?... He oído decir que dispone usted de algunos momentos desocupados. Empléelos en cuidarse,

y cuando esté usted curado, se volvará á romper la pierna, si quiere... Pero ante todo es preciso que yo se la componga.

— No me voy á eternizar aquí... Debo estar incomodando terriblemente á esta familia.

— No lo parece...

— Son excelentes personas... Pero yo tengo mi casa... y me esperan...

— Ya « tendrán » paciencia. Y si no la « tienen » será lo mismo. Su padre de usted fué á avisar ayer mismo.

— ¿ Vió á Etienette ?

— Ayer noche.

— ¡ Es admirable ! ¿ Y cómo la encontró ?

— Muy ordinaria.

— ¡ Cómo !

— Eso me dijo. Y añadió : « No comprendo cómo Cristián hace tantas tonterías por una mujer tan vulgarota... Por menos dinero se puede tener cosa mejor.

Cristián pareció estupefacto.

— Bien, pero cuando habló con ella cambiaría de opinión...

— No, por cierto. La encontró estúpida. Primero se quedó la muchacha como petrificada en su presencia. Después estuvo demasiado amable y le guiñó el ojo.

— ¿ Etiennette ?

— La misma, en persona. ¡Ah! Es que su padre de usted sería mucho más ventajoso que usted mismo... Pero Vernier no es de la madera de los que mantienen « horizontales. »

— ¡ Esa Etiennette es única en su especie !... ¿ Hase visto? ¡ Tratar de seducir á papá ! No se encuentran con frecuencia mujeres como ella. Puede usted estar seguro de que lo hizo por amor propio. Si papá llega á ablandarse, le pone en la puerta...

— ¡ No es seguro!

— ¡ Ah! No la conoce usted, doctor.

— Y me doy mil parabienes.

— ¿ Cuándo cree usted que podré marcharme de aquí?

— Ya se lo diré á usted oportunamente.

— Pero me voy á aburrir con esta familia dulzarrona...

— Amigo mío, habría que haberse arreglado de modo de no coger una liebre semejante...

— ¿ Me darán, al menos, todo lo que yo pida?

— Todo lo que me parezca compatible con el estado de usted.

— Ante todo, tengo sed...

— Aquí debe de haber excelente leche... Estoy viendo unas vacas en la pradera...

— ¿Se burla usted de mí, doctor?

— De ningún modo. Quiero cuidarle á usted, amigo mío, y lo primero es privarle de todas las porquerías que acostumbra beber antes, durante y después de las comidas... Tenga usted entendido que va á seguir un régimen muy severo. Hace tiempo que deseaba encontrar ocasión de experimentar en usted un procedimiento antialcohólico que creo infalible...

— Doctor, exclamó Cristián furioso, no estamos en el hospital y no obedeceré sus fantasías...

— Entonces empiece usted por estarse quieto y no grite ni pida nada, ó le trato sin la menor consideración... ¿ Estamos de acuerdo?

Cristián se dejó caer en la almohada y dijo con desaliento :

— ¡ Puesto que no hay otro remedio!...

Mientras hacía la cura, el doctor siguió hablando de su asunto favorito, del alcoholismo y de los estragos que causa en la raza francesa, bien que el veneno se

administre en costosos y delicados licores, bien en los vitríolos del pueblo...

Cristián, muy aburrido, aprovechó un momento en que el doctor tomaba aliento, para decirle :

— Cuéntele usted todo eso á mi padre, que falta le hace...

— No tengo inconveniente en decírselo á todas horas...

— ¡ Qué agradable debe de ser para él!

El doctor miró tristemente al joven.

— ¡ Ah! En otro tiempo se burlaba de mí... Pero desde que le ha visto á usted atacado por el contagio, no está lejos de participar de mi opinión. Mientras las víctimas eran los hijos de los demás, hacía la vista gorda ante la verdad. Pero ahora que el suyo está en peligro...

— ¡ Bah ! ¡ Qué exageración !

— Amigo mío, no hay medios alcohólicos, recuerde usted bien esto. No los hay más que completos. El que toca al veneno, está perdido, á no ser que, por un esfuerzo de voluntad, haga una renuncia absoluta. Pero ¿ qué placer encuentra usted en beber?

— ¡ Ah ! doctor, es un estado delicioso, en el que se siente uno más vigoroso, más lúcido y como desprendido de los lazos materiales. El que estaba triste, atónico y sin gusto ni para el placer, recobra bruscamente la vida y el pensamiento. El filtro ha obrado y la metamorfosis se ha realizado. ¿ Cómo no procurar obtenerla de nuevo?

— ¿ Hasta si se le dice á usted que ese filtro es un veneno mortal?

— Pero, doctor, en la vida todo es mortal. No damos ni un paso que no nos aproxime á nuestro fin y si se escuchase á los higienistas se llegaría á no poder res-

pirar por miedo á la congestión pulmonar, y á no tener una emoción por miedo á las enfermedades cardíacas. Todo es amenaza y todo es peligro. Lo que importa es elegir entre esas amenazas las menos fastidiosas y entre esos peligros los que procuren más placer. Usted habla de la embriaguez con un horror enteramente profesional, pero déjeme decirle que conozco personas que no han hecho más que beber como mosquitos desde su primera juventud y han llegado á una edad que los bebedores de agua no alcanzarán probablemente.

— Pero, desgraciado, ¿no ve usted que, independientemente de los desarreglos orgánicos que se proporciona, se hace usted un daño inmenso desde el punto de vista social? ¿Cree usted que se ignoran sus excesos? ¿Y cómo quiere usted que se justifiquen? Usted no tiene la excusa del cansancio, que puede exigir, en apariencia, el estímulo que da el alcohol. Usted no necesita olvidar sus miserias, puesto que es rico y dichoso. Es usted un *dilettante* del vicio y bebe por la baja satisfacción que acaba de describirme, lo que es abominable. Usted, y todos los que le imitan, rebajan la raza francesa y preparan el triunfo de nuestros enemigos...

— ¡Eh! doctor, yo no tengo á mi cargo la salvación de la Francia. Sé que si estuviera bien gobernada, saldría del paso á pesar del alcohol que consume. Usted lo achaca todo á los bebedores y yo los creo menos peligrosos, aquí, entre nosotros, que los colectivistas, que quieren despojar á sus conciudadanos de todo lo que poseen, y que los anarquistas, que sueñan con la supresión de toda autoridad... ¡Vamos, doctor! Hay en usted un poco de manía... No ve usted más que alcohólicos, como otros médicos no ven más que alienados... Desde que Noé tomó la primera chispa en las viñas, se usa el zumo de los racimos, á pesar de lo cual la humanidad se ha desarrollado y ha hecho grandes cosas. Entre los bebedores célebres hay filósofos, poetas, sabios, guerreros, hombres de Estado y de Iglesia y hasta médicos...

— ¡Médicos jamás!

— ¡Vaya! Ustedes practican admirablemente el *sic vos non vobis*... y se permiten á sí mismos los excesos que prohiben á los clientes... No sea usted más rigorista de lo necesario... Y tranquilícese usted, todo tiene su tiempo... Probablemente seré sobrio el día menos pensado...

— Sí, si no por Pascua, por Trinidad...

— Pero entre tanto, deme usted de beber, porque con lo que me ha hecho hablar, tengo seco el gaznate...

— ¿Quiere usted tisana?

— No, un *grog*...

— ¿Muy ligero entonces?

— Americano.

— Ahí tiene usted á la señora de la casa... Pídale usted á ella lo que quiera.

La mujer de Harvay entraba en el cuarto, con la sonrisa en los labios, y detrás de ella, aparecía su marido en el pasillo.

— ¿Ha dormido usted bien? preguntó la señora á su huésped.

— Admirablemente...

— Aquí tiene usted su desayuno.

La criada traía en una bandeja un humeante chocolate, tostadas y manteca. La señora de Harvay colocó al lado del enfermo una mesilla y la cubrió con una servilleta de deslumbradora blancura. Las narices de Cristián percibieron un olor apetitoso y su estómago, perezoso de ordinario, tuvo una repentina contracción. Todo era agradable en aquel desayuno cuidadosamente

preparado. El chocolate mostraba su espuma en la taza, el pan tostado olía bien y la manteca ofrecía sus rosquillas adornadas de arabescos. Cristián vió con satisfacción y con asombro que tenía hambre y que comería con placer. Fué á hacer un movimiento para incorporarse, pero la señora de Harvay le detuvo :

— No se mueva usted. Voy á servirle.

Y cogió delicadamente las tostadas, les puso manteca y con afable gracia ató una servilleta al cuello de Cristián. Después empezó á darle de comer, mojando las tostadas en el chocolate y llevándolas á la boca del enfermo. En la cara de Cristián se veía alguna emoción. El joven recordó con tristeza los cuidados de que su madre rodeaba su infancia. Así era como le daba de comer cuando era pequeño y estaba enfermo. Cerró los ojos para procurarse la ilusión de que era ella y siguió dejándose mimar afectuosamente por aquella buena señora que le daba la impresión de sus tiempos de inocencia. Harvay y el doctor Angogne miraban con satisfacción aquel cuadro.

Al día siguiente, el médico encontró á su enformo en tan buenas condiciones, que le puso un aparato gracias al cual pudo salir de la cama y pasar una parte del día en el jardín, y allí fué donde volvió á ver por primera ver á Genoveva después del accidente. La joven, que venía por la pradera con un cesto en el brazo lleno de rosadas setas, se aproximó con desembarazo á Cristián y le pidió noticias de su salud. Estaba encarnada y fresca y sus rubios cabellos, un poco desordenados bajo el sombrero de paja, caían en suaves rizos por la espalda.

— Parece usted otro hombre que el día en que le recogimos en la pradera, dijo alegremente á Cristián. ¡Buen susto nos dió usted! El automóvil está compuesto... El carretero de la aldea, que es un obrero

muy hábil, ha comprendido muy bien lo que pedía su *chauffeur* de usted.

— Desgraciadamente, será más largo el componer mi pierna... Pero también el doctor Angogne es un hábil obrero...

— Ayer nos dijo que si es usted juicioso durante una semana, no cojearía usted... ¡ Hay que estarse quieto!

— ¡Y yo que quería marcharme mañana!...

— Sería una atroz imprudencia... Á no ser que le llevaran á usted en una camilla, y hay diez leguas de aquí á Trouville... Además, entonces no probará usted mis setas.

Y al decir esto le mostró la cesta y removió con la mano los rosados hongos.

— ¿No las encuentra usted apetitosas?

— ¿Pero no teme usted envenenarse? Dicen que eso es peligroso.

La joven se echó á reir.

— No, señor, no lo temo, ni tampoco nadie de mi familia... Todos los años nos atracamos de setas y no nos hemos muerto... Pero también usted las comerá ó creeré que tiene miedo...

— Las comeré, no lo dude usted, y si no tuviese ya otras buenas razones para quedarme, me bastaría esa.

La mujer de Harvay, oyendo á su hija hablar con Cristián debajo de la ventana, fué al jardín á reunirse con ellos y allí pasó el tiempo con tal rapidez, que al acabar el día el joven no había tenido un solo momento de fastidio. Sentía un agradable cansancio producido por el aire libre y la calma adormecedora de las grandes llanuras y de los bosques silenciosos. Se dejó llevar á la cama, comió alegremente y se durmió temprano, lo que no le impidió dormir hasta el día.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Cuando despertó y vió que el alba blanqueba las ventanas, sintió un momento de satisfacción. El insomnio que tanto temía, parecía haber huído de él. Cristián acogió la visita de su padre y de Angogne con tan vivo placer, que Vernier tuvo una verdadera alegría. El médico seguía con reflexiva atención la evolución que se efectuaba en el estado general del enfermo. La crisis que esperaba por la supresión total y brusca del alcohol, no se había producido, y en su lugar sólo veía un sopor saludable y una sonriente resignación. Cristián se conformaba con el régimen que se le imponía y no reclamaba más excitantes. Ya no hablaba de marcharse. Para todos estos sorprendentes efectos había una causa física y moral. El médico la buscó y no tardó en descubrirla. Cristián no disfrutaba de un equilibrio completo más que cuando estaba á su lado Genoveva. Cuando ésta se ausentaba, el joven se ponía inquieto, nervioso y casi irritable y la señora de Harvay no podía sacar de él más que monosílabos. Era visible que el padre le molestaba vivamente. Pero en cuanto Genoveva se acercaba á la garita de mimbres en que Cristián pasaba los días con la pierna extendida en un escabel, la cara del enfermo se ponía radiante de satisfacción. Cristián hacía interminables partidas de cartas con el señor Harvay para complacer á su hija, pero era preciso que ésta estuviese allí con la labor en la falda ó hablando con su madre. El doctor Angogne quiso saber á qué atenerse y á los quince días dijo al enfermo.

Querido amigo, tiene usted la paciencia de un ángel. Pero las más duras obligaciones tienen un límite y creo que puedo devolverle su libertad. Tiene usted la pierna en yeso, y por consecuencia nada le impide ir en coche. Cuando usted quiera volver á Tourgeville, puede disponerlo...

Cristián acogió esta noticia con una frialdad muy marcada. Su cara se ensombreció y el joven dijo al cabo de un instante :

— Creo que se exagera usted mucho mi estado... No me siento tan bien como usted supone y ayer mismo sentí dolores en el tobillo... Podría, sin duda, volver á Tourgeville, pero ¿qué figura haría de inválido y andando con muletas?... Más vale seguir aquí, donde me curaré más pronto y mejor.

— Sí, sin duda, pero la discreción... Esta familia...

— ¡ Bah ! Son unas excelentes personas y no me pondrán en la puerta, dijo Cristian con viveza nerviosa. Yo sé lo que piensan... Me verían partir con pena y yo no tengo gana de dejarlos... Para ser discreto no quiero mostrarme ingrato.

— ¡ Bueno ! ¡bueno ! á su gusto de usted. Eso es negocio suyo y de su padre de usted. Siempre hay medio de corresponder con la gente. Y con un buen regalo...

Esta vez Cristián montó resueltamente en cólera.

— ¡ Usted bromea !... ¡ Un regalo para pagar tales cuidados y semejante bondad ! ¿ Somos algunos pelagatos?

El doctor Angogne movió la cabeza.

— Querido, la familia Harvay no está nadando en oro. He tomado informes y los negocios del padre son difíciles, por lo cual la presencia de usted en su casa es una dura carga... Por usted se hacen extraordinarios y en vez de vivir con economía se tiene cierto lujo...

— ¡ No sospechaba yo eso ! exclamó Cristián con emoción. Por eso, sin duda, Genoveva se arregla los vestidos y trabaja con tanta actividad... ¡ Y yo, que no hago más que pedir cosas costosas ! ¿ Seré estúpido? ¿ Por qué no me lo ha advertido usted antes ?

— Porque no lo sabía. Me lo dijo ayer un amigo de París.

— Y bien, dígame usted lo que sepa...

— No hace mucho tiempo, en poco estuvo que Harvay tuviera que suspender los pagos. Los créditos que posee contra algunas casas de la América del Sur son incobrables y en este momento los negocios están enteramente suspendidos... Viven en el campo con la renta de la escasa fortuna de señora de Harvay, pero muy modestamente.

— ¡Quién había de decirlo! ¡ Y yo que les creía bien acomodados?

— Las mujeres son muy hábiles para aparentar cuando se toman esa molestia...

— Ahora que conozco su situación, voy á hablar á mi padre... Es imposible que no haya medio de ayudar á Harvay á salir de apuros...

El doctor Angogne se frotó las manos.

— Es cierto que si la poderosa casa Vernier-Mareuil quiere interesarse en el negocio del señor Harvay, se acabaron las dificultades... Bastará que se sepa que su padre de usted le patrocina para que encuentre crédito en todas partes.

— Sin duda esas dificultades son causa de su mal humor. Su mujer y su hija no están siempre alegres á su lado...

— Por eso tiene mérito que muestren tal igualdad de carácter.

— La verdad es que son deliciosas y que un hombre debe ser dichoso viviendo rodeado de una ternura semejante.

— ¿Qué le pasa á usted? exclamó el doctor. ¿Es usted el que me dice tales cosas? ¿Qué diría el brillante Clamirón si le oyera?

— ¡Clamirón es un idiota!

— ¿Y qué diría la deliciosa Etiennette si viera en usted ideas tan burguesas? ¡Cómo! ¡Ideas de familia!

Cristián se puso sombrío, permaneció un momento callado y dijo después con desusada gravedad:

— Se está usted burlando de mí, querido doctor, y lo merezco, pues todo lo que pienso está en completo desacuerdo con lo que antes pensaba. ¿Cuándo estoy en un error? Yo creo que era cuando llevaba una vida endiablada con unos compañeros tan locos como yo, y no hoy, que comprendo las ventajas de ser dulce, adicto y sencillo al ver estas dos mujeres que son la virtud misma. ¿Hay, pues, tales criaturas en el mundo? ¿Cómo he sido tan desgraciado que no lo he comprendido hasta ahora? Ya sabe usted qué gente me rodea. ¿Cómo iba yo á tomar el gusto á la modestia y á la bondad? No veo más que personas que persiguen encarnizadamente y por todos los medios la fortuna, ni conozco más que seres egoístas hasta la ferocidad. Los hombres y las mujeres se matan en los negocios y en los placeres como en una batalla, y los placeres mismos toman un aspecto de lucro y de traición. Los amigos y las queridas le explotan á uno, sin perjuicio de abandonarle cuando ya no les ofrece la suma de satisfacciones que desean. Por todas partes se ve la doblez y la concupiscencia y la atmósfera en que se vive está envenenada de hipocresía y de odio. Por eso, por el deseo de aturdirse para no ver tanta infamia y tanto lodo, se arroja uno en la embriaguez, que hace olvidar, y no se sabe ya escapar de esta costumbre, hasta llegar á ser un nuevo náufrago arrastrado por la corriente del vicio. Así estaba yo no hace quince días y un azar me ha abierto los ojos. Usted tenía razón. Yo era un insensato que desolaba á mi padre, repugnaba á las perso-

nas razonables y corría á la locura. Pero se acabó. Estoy en disposición de establecer la diferencia entre lo que he hecho hasta ahora y lo que debo hacer en adelante. Era verdaderamente tiempo de que me rompiera la pierna, porque si llego á vivir un año más entre los Clamirón y las Etiennettes, estaba perdido.

El doctor pareció estupefacto al oir tal discurso y miró á su enfermo con inquietud.

— ¿Pero cómo va usted á hacer para romper con ellos?

— ¿Cómo? Del modo más sencillo. Daré dinero á Etiennette y pondré en la puerta á Clamirón. La primera me engaña por horas y por carreras en cuanto le pagan su precio, y el segundo vive á mis expensas y me detesta de todo corazón. ¡Si cree usted que me voy á andar en miramientos con ellos!

— ¿Pero está usted bien decidido?

— Si no, no hubiera hablado como acabo de hacerlo. Desde que estoy aquí reflexiono, lo que no me sucedía hacía muchos años. No veo por qué he de seguir minando mi salud, disgustando á mi padre y escandalizando al mundo, por el gusto de crear rentas á una bribona y atiforrar á un gorrón. Estoy harto de esa gente y vuelvo la hoja.

— ¿Y qué va usted á hacer?

— Cualquier cosa, siempre que no sea lo mismo. Entre tanto, ruegue usted á mi padre que venga á verme mañana para ponernos de acuerdo sobre lo que conviene hacer en favor de Harvay.

La conversación terminó. La señora de Harvay y su hija llegaron en un carricoche de mimbre tirado por un viejo caballo y único carruaje de la casa. El joven, ayudado por el doctor, tomó asiento al lado de las dos señoras y Genoveva cogió las riendas y fustigó al caballo, que tomó un trote resignado. Los tres se fueron por los caminos plantados de árboles, en la frescura de la tarde, á dar su paseo cotidiano.

Á todo esto, en Tourgeville empezaba á alterarse la calma con que Etiennette había acogido la noticia del accidente de Cristián. La visita de Vernier fué objeto de las conversaciones en la villa durante dos días. Un lacayo enviado á caballo para pedir noticias del herido, con una carta muy tierna de Etiennette, volvió con esta lacónica respuesta verbal: « La mejoría continúa ». El lacayo dió además las noticias siguientes: « La propiedad en que estaba Cristián se llamaba San Jorge, y había que llegar hasta ella por horrorosos caminos. No era extraño que el señor Vernier hubiera hecho pedazos su automóvil en semejantes derrumbaderos. Y había que ver la habitación. Dos pisos y un tejado y ni siquiera un patio de entrada. Había que llegar por un cercado en el que se paseaban en libertad los cerdos, las gallinas y las vacas. Como personal, una cocinera y una doncella. El jardinero cuidaba al caballo, un penco moribundo por el que no se sacarían sesenta francos. Las señoras llevaban unos trajes que no querrían para sí las doncellas de una buena casa... » Estas noticias pusieron á Longín y á Vertemousse en el colmo de la curiosidad y les decidieron á tomar un ómnibus y á marcharse á sorprender á Cristián en su miseria. Era el octavo día después del accidente, y se convino que los dos amigos volverían á comer en Tourgeville para comunicar á Etiennette sus impresiones, las cuales fueron tan diferentes de las del lacayo, que tuvieron el privilegio de irritar extraordinariamente á la joven. Los dos elegantes habían encontrado á Cristián echado debajo de los árboles, rodeado de flores, y su llegada había hecho marcharse á una linda joven

rubia, que estaba leyendo en voz alta al herido. Cristián había parecido contrariado al verlos. No los recibió mal; después de un viaje de diez leguas á través de los campos, hubiera sido duro... Pero le había faltado poco. El joven los había tranquilizado sobre su estado, que, en efecto, parecía excelente, y si no hubiera sido por una buena señora que se presentó, era probable que los hubiera dejado marcharse sin darles un vaso de agua. La propiedad era preciosa, aunque modesta, y sus habitantes parecían personas de la clase media de París, que estaban veraneando. La joven parecía hija de aquella señora y Cristián no mostraba gran deseo de volver á lugares menos agrestes. Estas noticias pusieron pensativa á Etiennette, que adivinó que allí había gato encerrado, y transportada de furor ante la idea de ser engañada por Cristián, se dispuso á intervenir de la manera más enérgica. Bastaba que Vernier le hubiera prohibido el presentarse en San Jorge, para que se sintiera muy dispuesta á ir. Era evidente que el padre tenía interés en impedir toda aproximación entre ella y su hijo, pero á ella le interesaba el ver á Cristián. ¿Cómo arreglarse? ¿Llegar allí, sencillamente, en su coche ó en uno de alquiler como Vertemousse y Longín? Su presencia haría sensación, sólo por su aspecto, y todas las puertas se le cerrarían. La joven era demasiado vistosa, aun cuando quería ser sencilla, y le era muy difícil pasar inadvertida. ¿Cómo, pues, forzar la consigna, sorprender á Cristián, hablar despacio con él y llevárselo de grado ó por fuerza? Etiennette, que había sido actriz, imaginó un medio de teatro. Compró en Trouville un traje de muchacho y se decidió á ir disfrazada en busca de su amante.

Cristián, sereno y pacífio, no sospechaba los proyectos formados contra su regeneración. Su padre, avisado

por el doctor, había llevado con él esta vez á su mujer y al indispensable barón Templier. La elegancia y la belleza de Emmelina habían producido su efecto en la mujer de Harvay, que había expresado lo mucho que sentía no haber sido avisada á tiempo de esa visita. Genoveva hizo los honores de su casa con su gracia natural é improvisó una merienda con hermosas fresas y espumosa leche. Durante ese tiempo Cristián se explicó con su padre y el resultado de su conversación no se hizo esperar. Vernier, encantado al oir á Cristián hablar cuerdamente, oyó con especial favor la exposición que le hizo su hijo sobre la situación embarazosa de Harvay. Pero en sus resoluciones dominaba siempre el sentido de los negocios y en seguida dijo al joven que puesto que Harvay no había administrado bien su comercio cuando estaba acomodado, menos lo haría ahora estando sin dinero. Poner fondos en su casa de comisión era como arrojarlos á un pozo... Y al ver que Cristián le reprochaba el ser demasiado positivo, le respondió sonriendo:

— Hay algo mejor que hacer. No quiero dar á Harvay el medio de vegetar, sino el de hacer fortuna. Le encargo de la representación de la casa Vernier-Mareuil en todos los países de América. Harvay conoce el país y tiene en él corresponsales. La casa tiene allí grandes ventas en las que le interesaré, y habrá salido del mal paso.

— Bueno; habla con él de ese proyecto, pero toma precauciones, pues es hombre susceptible, como todos los que no son favorecidos por el éxito...

— Puedes estar tranquilo. ¿Pero tú, qué piensas hacer? ¿Vas á estar aquí mucho tiempo?

— Todo lo más que pueda. La estancia en esta casa es excelente para mí. Como y duermo como no lo hacía desde hace mucho tiempo. El aire de los campos me

sienta bien y me pregunto si no habré nacido para agricultor...

— Y bien, ¿qué te detiene? No tienes más que irte á Moret y ponerte al frente de la granja...

— ¿Á Moret? No... Aquí acaso... ¿Quién sabe? Y puede que no por mucho tiempo...

Vernier vió que la cara de Cristián se ensombrecía y no insistió. La metamorfosis de su hijo era tan extraordinaria, que no quiso medir exactamente su alcance y se dió por satisfecho con el resultado obtenido, pensando que el tiempo se encargaría de poner en claro la situación. Vernier veía claramente la influencia de la joven que les había hecho tan encantadora acogida, y, muy prudentemente, decidió dejar trabajar á la inocencia y á la juventud en una cura tan prodigiosa. Se despidió, pues, de la familia Harvay encargando al padre que fuese á verle á Trouville para hablar de unos negocios de exportación sobre los cuales quería saber su parecer. Cristián vió con gusto que se marchaban su padre, su madrastra y el amigo de ésta. Todo lo que turbaba ahora su monótona y deliciosa quietud le parecía insoportable. Empezaba á poder andar solo, apoyado en un bastón y aprovechaba esta libertad para ir por las tardes á sentarse en un bosquecillo de encinas, en un banco de musgo, donde se estaba fumando y soñando. Una zanja, que había resultado practicable por el desprendimiento de tierras, separaba el jardín del camino, por el que pasaba muy poca gente. El día siguiente al de la visita de Vernier, Cristián se fué, como de costumbre, á instalarse en su fresco y silencioso retiro y se puso á leer distraídamente un periódico oyendo el canto de los grillos en la hierba. El calor era violento y el aire vibraba como abrasado por el sol. De repente Cristián recibió en el periódico una

chinita, levantó los ojos y al otro lado de la zanja vió un joven apoyado en una bicicleta y que le saludaba riendo. El herido se quedó asombrado y el otro se decidió á hablar con voz alegre:

— ¡Cómo! ¿No me conoces? ¿Te has vuelto miope en el campo?

Cristián frunció el ceño. Tenía delante de él á Etiennette.

— ¿Por dónde se entra cuando se quiere hablar contigo? La intimidad, con ese foso entre los dos, no me parece fácil. ¿Y si le saltara? Si lo encuentran mal, tú me excusarás.

La joven apoyó la bicicleta en un árbol y franqueó el obstáculo de un salto. Cristián, á pesar de su descontento, no pudo menos de reconocer que Etiennette tenía en aquel traje masculino la más preciosa figura imaginable. Parecía alta de puro bien proporcionada, y su cara tenía una expresión de deliciosa malicia. La joven cogió á Cristián por los hombros, le besó en las dos mejillas y le dijo, sentándose á su lado:

— Y bien, querido, ya te veo repuesto... Figúrate la gana que tenía de verte... Pero dime, no has apreciado gran cosa mi correspondencia. Bien podías haberme respondido, pues no era el brazo lo que te habías roto... Pero no hablemos de esto. Ahora que estás en pie, hablemos. Supongo que no te vas á eternizar aquí. Tus amigos y yo estamos contrariados. Dauville ha perdido, sin ti, todo su brillo y el casino no tiene ya atractivos. ¡Hasta el mar se ha puesto amarillento! Vamos, querido, vente con nosotros. La época de las carreras se aproxima; es el momento de que te presentes.

Etiennette se reía al pronunciarle su discurso y poco á poco se puso sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con los brazos y le envolvió en el perfume que